



“REFLEXIONES SOBRE EL ANÁLISIS DE UN PACIENTE ADOLESCENTE. DE COMPLICACIONES VARIAS Y UN ABORDAJE CON INTERROGANTES”

Elías Adler

Eje temático: Cuerpo en la clínica

Descriptores: Adolescencia, Cuerpo, Técnica

Resumen

El trabajo se centra en algunos aspectos del análisis de un paciente de 14 años, que ha sido diagnosticado como “Anoréxico” y donde corre peligro su vida si no se extreman los cuidados. El paciente evidencia múltiples dificultades en relación a su identidad, a su cuerpo, a la relación con su familia y sus pares. El tratamiento se haya signado por múltiples dificultades que dan lugar a la formulación de variadas interrogantes. A lo largo del trabajo se hace hincapié en aspectos técnicos del proceso analítico y se muestran algunos elementos transferenciales en juego.

Desarrollo

El Paciente. Presentación.

Estaba esperando a Sebastián, un adolescente descrito como “muy complicado” por la colega que lo deriva. Sus padres me comentan en las dos entrevistas

preliminares que tuve con ellos que Sebastián, fue adoptado siendo un bebé de días. Señalan que siempre fue un niño con berrinches, “con mañas para la comida” y con dificultades para aceptar límites. Especifican que mostraba actitudes “distintas a las de otros niños”, se aislaba en los cumpleaños infantiles, no quería jugar al fútbol, se maquillaba el rostro, prefería jugar con las niñas. Era muy apegado a su madre y a sus abuelos maternos. Con el padre compartía actividades pero muchas terminaban en conflicto porque Sebastián no respondía a los planteos de su padre. Relatan que le gustaba mucho quedarse dibujando desde chiquito, en forma solitaria por horas y en silencio, o haciendo figuras con plastilina, formando grandes escenarios de situaciones cotidianas. Con el advenimiento de la pubertad, todo se ha disparado. La anorexia, el “mal carácter”, discusiones habituales en su casa y rotura de espejos, vajilla, mesas y puertas. Hoy tiene 14 años, se encuentra en un estado de angustia permanente, tiene dificultades de todo tipo en la institución educativa. Sus padres dicen que se viste raro y se corta el pelo en forma extravagante.

Me preparo de algún modo a su llegada y la ansiedad característica del primer encuentro con un paciente la siento acentuada. Abro la puerta y Sebastián entra “como una tromba” sin saludar. Está vestido de negro, todo negro. En el consultorio se queda parado. Se sienta en el sillón donde le indico. Se quita los lentes negros que cargan con dos pinchos, uno a cada costado. Es sumamente pálido. No quiere disimular su cara de odio. Parece fastidiado. Le pregunto si lo está y me responde con un lacónico “no”. Le cuento de las entrevistas con los padres, de que planeo tener unas entrevistas con él para conocerlo y que luego me reuniré con sus padres para comentarles cómo es que lo estoy viendo. Le hablo del secreto profesional. Me dice que todas esas cosas ya las sabe porque ha estado en contacto con muchos técnicos de diferentes disciplinas y que todos dicen lo mismo. Su tono es soberbio, sus apreciaciones no le van en zaga en ese sentido. Yo soy el undécimo técnico que ve y los tratamientos con él, según sus palabras, no dan resultado. Le digo que se ha transformado en un especialista en entrevistar técnicos. Primera

sonrisa. Estoy seguro que le gustó que le haya dicho “especialista”. Es obvio para mí que busca provocar. Con una broma, evito enfrentarme a su provocación. Está en segundo de Secundaria. Desde que terminó la escuela, el liceo se le ha transformado en un suplicio. No quiere estudiar. Sus compañeros de clase y buena parte de la institución donde estudia, lo conocen por un sobrenombre que denuncia su forma de vestir y lo poco varonil de su presentación. Muchos le generan desagrado, lo molestan. Le gritan por la calle y se avergüenza. Otros compañeros, lo protegen y tiene una muy buena ligazón con algunas pocas chicas. Ellos y sus padres, le dicen Seba. Es un adolescente, es varón y tiene marcados rasgos femeninos. Algunas cosas que dice, son propias de un discurso de mujer. Además, es notorio que se maquila con base y traza una línea en sus ojos. Se llama Sebastián y yo lo trato como varón pero no sé qué afirmar. Él aborda el tema con cierto aire de superación, se sabe varón pero le agradan muchas cosas femeninas. Piensa que es homosexual pero en realidad si él pudiera elegir, manifiesta que sería “andrógino”.

Es extremadamente delgado. Cuenta que le han diagnosticado muchas cosas, entre otras: anorexia. Estuvo un mes y medio internado de común acuerdo entre su psiquiatra y su médica internista, dado el número que arrojaba su índice de masa corporal: 11. Recordemos que por debajo del número 16, la OMS, califica a los individuos como padeciendo de una “delgadez severa”. Hace pocas semanas que le dieron el alta cuando lo veo por primera vez. Siendo su cabello color castaño, al salir de la internación lo ha teñido de un rubio “rabioso” porque quería sentirse distinto. Paulatinamente, en las entrevistas comienza a hablar fluidamente. Todo cae dentro de la desacreditación, cuestionamiento, queja y desprecio. Sus padres, la institución educativa, sus compañeros menos dos, la academia de baile a la que concurría previo a la internación, la sociedad, los jóvenes, su barrio, el dinero, los profesores, la colega que lo ha derivado, el olor que hay en los buses, la hipocresía de los adultos, los que fuman porro o pasta base. Todo es detestado. Muchas de sus frases comienzan con un “Odio...”. Pero hay cosas que no odia. La música,

aunque sí a la industria musical. Lady Gaga, Kate Perry, Madonna, Kyle Mcguire, son sus “ídolas”. Conoce vida y obra de ellas. Le pido que me cuente porque yo de eso, sé muy poco. Se ríe con desprecio y disfruta en contar todo lo que sabe. Veo varios videos por Youtube de estas artistas. Empiezo a aprender, es uno de los modos que encuentro para acercarme a su vida y escucharla. Hago un esfuerzo por no juzgar. Fracaso a medias. Hay cosas que son interesantes y los prejuicios no me absorben totalmente.

Me tomo tiempo para realizar entrevistas. En un momento, cuenta que él produce videos y los cuelga en la web. El último que ha hecho es en homenaje a una modelo con anorexia que ha fallecido recientemente. Le pregunto si quiere mostrar lo que ha realizado. Dice que sí. Tomo mi computadora y vemos juntos el video. Aparece desnudo, recostado de cuerpo entero y mirando a la cámara, muestra toda su extrema delgadez y tapa sus genitales. La pieza tiene una canción en inglés que duele y elabora un mensaje pidiendo ayuda para las personas que padecen de anorexia. Señala en su composición, que son personas que sufren y que necesitan auxilio. Pide que la muerte de la modelo no haya sido en vano. Lee los múltiples comentarios que han escrito los foreros, debajo de su video. Son decenas y muchos de ellos, muy favorables a su creación y mensaje. Creo que es momento de plantearle la posibilidad de iniciar un proceso analítico. Algo de su sensibilidad y creatividad me deja pensando en su vitalidad. El hecho de que permita que veamos el video, me hace pensar que él también está pidiendo ayuda. Y no solamente eso, también busca la mirada y los comentarios de otro. Dice que está dispuesto a comenzar. Le planteo trabajar dos sesiones por semana y acepta.

El proceso analítico.

El análisis cuenta con todos los condimentos de lo que puede ser un trabajo repleto de inconvenientes, preocupaciones y complejidades. Peleas con sus padres, peleas en el liceo, peleas con amigos y enemigos. Desde su casa y el colegio, me llaman a menudo por teléfono para expresarme sus dificultades con él. Yo les expreso las

mías. Es notorio que hay técnicos de la institución educativa que le tienen miedo o rechazo, le huyen. Es que, su postura soberbia y altanera, genera rechazo. También da miedo por el cúmulo de barbaridades que dice, pero en un principio, si bien me da miedo, puedo seguir trabajando. Me sorprende pensando en él, en momentos en los que estoy libre. Son los “restos transferenciales” de los que nos habla Luz Porras.

Las amenazas de los médicos tratantes hacia Sebastián se repiten, que si no come o no deja de vomitar, lo van a internar de nuevo. Tengo una discusión con su nueva psiquiatra tratante. Es a raíz de las amenazas, le digo que con Sebastián no sirven, lo envalentonan. Él se entera del enfrentamiento a través de su madre que es llamada por la psiquiatra. Comienzo a ganarme el respeto de Sebastián. Reconoce que no lo ataco. Dice que siente que estoy de su lado, le contesto que estoy del lado de la vida, que yo quiero ayudarlo a que pueda disminuir su sufrimiento, que no quiero que lo vuelvan a internar y en tono de broma, que no es broma, le digo que si lo vuelven a internar porque se deja estar, le voy a ir a patear toda la sala del sanatorio. Se ríe. Y las bromas comienzan a ser parte de nuestras sesiones que habitualmente, son diálogos. Un momento crítico es cuando cumple 15 años. Quiere hacer una fiesta como las que hacen las chicas de su edad. Sus padres aceptan. En realidad, la fiesta tiene como objetivo para él, mostrarse ante su familia, subirse a un escenario que tiene el salón y bailar como una estrella femenina del pop. Una coreógrafa lo prepara. Unos bailarines le harán el acompañamiento. Le digo que quiere ser una diva y me dice que sí. Sus invitados son esperados por él con un traje de hombre, cuando llega el momento del espectáculo, se traviste, canta y baila y luego es “sumamente felicitado” por su actuación. Antes y después de su cumpleaños está particularmente conmovido. Las peleas con sus padres son de un encarnizamiento total por parte de Sebastián. Les dice que los odia así como odia a la familia de cada uno de ellos y que los odiará por siempre. Dice que los va a exigir todo lo que pueda porque si bien los quiere, el odio es más fuerte. Siento pena por los padres, gastan lo que no tienen, se ven sometidos por las amenazas de

Sebastián. Me da bronca, ¿qué hago con ella? Le digo que no me gusta su actitud. Me juego. Creo que aprecia que no le muestre miedo.

Luego de la fiesta, se tranquiliza. Escucho sus relatos, vemos las fotos. Le cuento que me gustaría que pudiéramos hablar del odio del cual ha contado, lo cual nos permite acceder al tema de la adopción. Cuenta que estuvo precisamente pensando en eso después de la fiesta. Le digo con otras palabras que pienso que debe ser un calvario, amar a la madre que lo abandonó y amar a la madre que se hizo cargo de él. Es un calvario porque también debe odiar a la primera por dejarlo y a la segunda por ser testigo de que lo abandonaron. Se queda callado, se angustia y me dice que soy muy crudo con lo que le digo. Dice que nunca más le diga esas cosas sin avisarle. Le digo que tal vez tiene razón en cuanto a mi crudeza. Contesta que por ahora hay historias de las que no quiere saber nada.

Ese año lectivo lo termina a duras penas. Pensamos juntos qué tiene ganas de hacer. Siempre le ha gustado diseñar prendas de vestir femeninas. De hecho, dibuja habitualmente vestimentas, copia diseños de las grandes marcas comerciales, a partir de ellas, diseña su propia ropa y una modista de su barrio, lo ayuda a realizarlas. Averiguamos juntos y con sus padres, por una escuela técnica donde pueda estudiar diseño de modas. Comienza los cursos pero se siente perseguido por una de las profesoras por ser homosexual. Al ingresar a esta institución, se hace llamar por su segundo nombre con sus docentes y compañeros. Tiene un segundo nombre. Con el tiempo solamente sus padres y su abuela, le siguen diciendo Sebastián o Seba. Me pide que le empiece a decir por el segundo nombre, le digo que yo le voy a seguir diciendo por el nombre con el cual lo conocí. Hace alusión a un encuentro amoroso relativamente estable con un muchacho de veinte años. No quiere hablar mucho de ello. Solamente le pido que se cuide. Ante esto, dice no querer tener relaciones sexuales. Lo presenta a sus padres, quienes lo reciben sin escándalos. Finalmente, este muchacho lo deja diciéndole, “bastante

tengo con mi locura, no te puedo acompañar en la tuya”. Se siente muy mal aunque lo niegue. Respeto su silencio.

Hay momentos que cuenta de su infancia, de lo que le decían en el barrio, por no ser cómo los demás. Habla de su bronca, de su bronca profunda y de su rencor contra quienes lo denostaban. En una oportunidad dice que yo no sé lo que es, que a uno lo estén persiguiendo todo el tiempo para jorobarlo. Le digo que me imagino que no debe de haber sido fácil y que algo sé. Cuenta que soy judío y que en el barrio, siendo niño, algunos de mis vecinos me decían judío de mierda. Le digo que yo también guardo rencor a pesar de haber peleado. Me cuenta que él no podía pegarles porque le daba miedo que luego lo lastimaran. Le digo que yo también tenía miedo, pero me sentía mejor defendiéndome. Cuenta que él se vengaba haciendo perderse por el barrio a los hermanos menores de sus atacantes. Luego se transformaba en el “héroe” que los encontraba. Le da mucha vergüenza contarme sus “perversidades”. Estos acontecimientos que ocurren en la sesión, me dejan pensando y generan interrogantes. ¿Por qué hablo de mí? ¿Era necesario? Le digo con un ejemplo directo que yo sé de qué habla. Nos encontramos ambos dos, en la misma situación. De víctimas o victimizándonos, que no es lo mismo. Por otro lado, ¿qué ocurre con la neutralidad y la abstinencia del analista? Volveré más adelante con estas temáticas.

Abandona la Escuela de diseño de modas al año. No quiere estudiar cómo confeccionar, él no quiere ser un “simple obrero”. Quiere diseñar. Volvemos a buscar otra actividad. Escuela técnica de artes plásticas. Me sorprende con lo que sabe de pintura. Los profesores y los compañeros lo valoran mucho por sus dotes técnicas, pero por una cosa o por la otra, se pelea sucesivamente con compañeros y docentes. Siente que su nivel es mucho mejor que el de todos, incluyendo a los docentes, pero es obvio que a todos les molesta su “soberbia”. Le digo que algunas de las cosas que dice deben de ser sentidas por los demás como insoportables. Contesta que no le importa.

Empieza a leer biografías de mujeres “célebres”: María Antonieta, Grace Kelly, Marilyn Monroe, etc. Hablamos de pintura. Le digo que no conozco mucho. Que me gustan puntualmente algunos artistas pero que no es un tema que pueda abordar en profundidad. Insiste. Va a todos los museos artísticos de Montevideo. Me sugiere visitar exposiciones. Cuando viaja a Buenos Aires, va a recitales y visita todos los museos que puede. Insiste, pregunta si he viajado, le digo que sí. Pide que le cuente de los museos de NY. Comienzan diálogos durante las sesiones sobre Munch, Klimt, Kokoschka. Por unas copias que tengo en el consultorio, pregunta si me agrada Van Gogh y si estuve en Amsterdam. Ante mi respuesta afirmativa, pregunta por los museos. Bromea que yo tengo los originales de Van Gogh y que le he dejado las copias a los museos de Amsterdam. Pienso que si yo tengo cosas tan valiosas puede valorarme y si yo soy valioso, tal vez él también lo pueda ser. No le digo nada. No encontraba las palabras.

Los temas de conversación se suceden, la muerte de Amy Winehouse, si Marilyn Monroe se hizo cirugías, si efectivamente Dalí era un loco. Si Lady Gaga es una tonta, si Madonna padece de vigorexia. Hablamos de los fenómenos religiosos, de las marchas por el orgullo gay en las que ha participado acompañado de su madre, del sushi, de los “atracos”, de los anarquistas, de los “vómitos” autoinducidos, de la feria de Tristán Narvaja, de Marilyn Mason, de Sharon Tate, de Banksy. Hablamos largo rato de la Balsa de la Medusa de Gericault y que le gustaría tener en su casa un maniquí. Dice que soy un inculto por no interesarme por la obra de Velázquez y la Infanta Margarita. Y mientras tanto, comentamos sobre su vida. Está pintando mucho en su casa. Sus padres le han hecho un pequeño atelier en el fondo de la vivienda. Aun así, se muestra “envenenado” porque sus padres no le dan todo lo que les pide. Un motivo de pelea con ellos, es el costo que les implica la compra de tantos productos de pintura. Él dice que no le importa y que los quiere “exprimir” hasta que pueda. Me es difícil de tolerar sus expresiones. Le señalo que tal vez sea más beneficioso para todos, buscar otros lugares donde los artículos que utiliza estén más en cuenta que andar pensando en cómo hostilizar a los demás.

Mantiene un silencio que no es propio en él. Le recomiendo un lugar que conozco donde las telas para pintar que ya vienen encuadradas están mucho más baratas. Los venden en un Taller de Expresión Plástica. Luego que visita el Taller para comprar las “telas”, discurre sobre por qué él jamás iría a un Taller de ese tipo a tomar clases. No quiere que nadie influya sobre su pensamiento. A veces, se hace difícil.

Ese año voy a Praga. Se pone muy mal cuando le digo que me voy a tomar unas semanas en medio del año, dice que me envidia. Me pregunta dónde voy. Le contesto sin ambigüedades. Me doy cuenta que se queda mal con mi ida. A mi vuelta, le traigo un cuadernillo de obras de Alfons Mucha. Queda fascinado. No lo conocía. Esto da pie para hablar de Art Nouveau y Art Decó. Le cuento que colecciono piezas antiguas de esas épocas. “Sabías mucho más de lo que contabas”- dispara con cierto grado de “no me lo dijistes”.

Sus estudios mejoran. Comienza a estudiar inglés para dar un examen internacional. Su psiquiatra le quita la medicación. Tiene un pequeño grupo de amigos de la institución educativa donde concurre. Sabe por las redes sociales, que hago deportes, que compito en atletismo callejero. Si hay una carrera se fija cómo me fue. Como nunca ocupó ningún podio, me pregunta por qué lo hago. Por salud, contesto. Pero hay muchos que son mejores que vos, me dice. Siempre hay gente que es mejor que uno, le digo. Comienza a caminar largas distancias. Calculamos cuánto le lleva ir caminando de un lugar para otro. Planeamos rutas de un lugar a otro. De su institución educativa hasta tal museo y de ahí hasta donde atiende su nutricionista. Es como si hubiéramos construido un GPS entre los dos, bromea. A veces, trae algunas de sus creaciones y conversamos. Un día aparece con una carpeta y una pintura, es un árbol de donde nacen gotas que tienen bebés dentro. El dibujo es estupendo. Los bebés nacen de un árbol, le digo. ¿Todo lo tenés que analizar? No empecemos con el tema de la adopción –brama. A los pocos días, mantiene por primera vez, un diálogo sobre su adopción con los padres. Se angustia mucho y la angustia le dura unas cuantas semanas. Los padres le dicen más de lo

que quería saber, incluso le dicen el nombre que tenía cuando se lo entregaron y que él desconocía. En las sesiones trata de no llorar pero está muy movilizado. Comienza a contarme que en realidad él no se angustió mucho, que lo hizo para que sus padres se conmovieran porque a él, toda esa información le da exactamente lo mismo. Como me quedo callado ante su verdad, me pregunta si no le creo. Le digo que creo que se angustió mucho y que ante tanta noticia tenga la necesidad de transmitir que no le importa nada. Se enoja mucho y se calla la boca. Le digo que está rompiendo uno de nuestros pactos y que era que no importaban los enojos, o sí importaban, pero lo clave era que pudiéramos hablar de ellos. Siguió enojado. Por las redes sociales, se entera que mi hijo mayor se va a vivir a Italia. Pregunta cómo estoy. Le digo que no es fácil. Me dice que debo estar muy dolorido. Le digo que sí, que cuando nos distanciamos de las personas que queremos, es natural sentirse dolido. Quiere herirme, creo que quiere verme sufriendo. Se lo digo y me dice que sí pero que no le de importancia y pide disculpas. Manifiesta que él nunca va a tener hijos, que puede pensar solo “en el yo y no en el nosotros”. Un día llega y comienza a hablar de la anorexia, de su delgadez. Estuvo pensando y se dio cuenta que para él es muy importante que sus brazos sean largos y finos, se parecen más a los brazos femeninos. Cuenta que se depila los brazos y las axilas, pero no las piernas. Digo, brazos de mujer, piernas de hombre. Dice que él sabe que es hombre pero que desde que recuerda, no se ha sentido enteramente como tal. Tampoco mujer. Digo que debe sentir entonces, que puede ser las dos cosas. Me pregunta si es posible. Digo una bobada recurrente con la cual nos reímos habitualmente, que para un machista uruguayense como yo, la respuesta es no, pero en realidad importa lo que él siente y no lo que yo pienso.

II. COMENTARIOS VARIOS.

Algunas aclaraciones.

Quisiera aclarar que si bien trabajo desde hace muchos años con adolescentes, nunca había trabajado con un varón adolescente con anorexia. Pienso que siempre trabajo y escribo sobre singularidades. Sostengo que hay varias adolescencias y la anorexia no es una entidad rígida. En mi práctica, no conozco una anorexia idéntica a otra.

Para presentar este material, he pedido permiso a Sebastián y sus padres. Todos estuvieron de acuerdo en que podía escribir sobre él. Sebastián me ha preguntado por qué quiero hacer este trabajo y le he contestado que yo estoy aprendiendo mucho con él y que tal vez, si transmito lo que sé, alguien pueda tomarlo en cuenta y ayudar a otra persona. Su único pedido fue que el material no lo presente en Uruguay, aspecto que estoy respetando. Cabe agregar que pese a muchos sabotajes, me he sentido muy apoyado por los padres de este paciente a lo largo del trabajo con su hijo. Sin ellos, el trabajo con él, hubiera sido imposible.

¿Cómo trabajar?

Conversar con Sebastián sobre su cuerpo hubiera sido por lo menos, en las primeras instancias, desde mi perspectiva, contraproducente. En aquellos primeros momentos, elegí ir despacio y ser cauto en las intervenciones. Cualquier comentario mío en relación a su cuerpo podía ser tomado como una intrusión. En su cuerpo se figuraba parte de su sufrimiento y con sus síntomas creía que Sebastián estaba reivindicando el control que quería y quiere tener sobre su cuerpo. Era como si dijera, “con mi peso, con lo que como, con la delgadez, con mi vestimenta, con mi presentación, hago lo que quiero, mi cuerpo es mío”. Debo decir, que muchos de estos aspectos, los fui pensando a posteriori. Solamente, pensaba que había que esperar para intervenir. Prefería ir paso a paso.

Una pregunta que me ha hecho cuestionar y me hace pensar, se liga a cómo encuadrar bajo los conceptos psicoanalíticos las acciones que como analista llevaba y llevo adelante. Muchas intervenciones y planteos míos, difieren del método estándar en general y con los que me manejo habitualmente con otros

adolescentes. Desde una perspectiva técnica me sentía a la intemperie. Tenía la presunción que el dispositivo analítico tradicional hacía tope con este paciente. Al inicio, mi silencio se acompañaba del suyo, mi espera tenía como corolario, la suya. No podía guarecerme en la espera del material del paciente. Sebastián desafiaba a permanecer habitualmente en el mutismo. No podía mantener la atención flotante mínima requerida para trabajar con pacientes adolescentes en general. Era más activo en las sesiones, de ese modo cuidaba la consecución del análisis. ¿Qué significa ser más activo? Tengo la convicción que debo buscar líneas diferentes para trabajar con él. Si está muy callado le hago una pregunta vaga por cómo está. A veces me contesta irónicamente, “estoy en mi época dorada”, “los demás me envidian por mi estado de bienestar”, o “mejor imposible”. Le digo que lo había notado. Trato de estar a disposición. La categoría del “como si” queda por momentos, en suspenso. Sé que no debo ceder ante sus ataques ni tampoco herirlo. Sé que no debo entrar en una “relación de fuerza”. Lo respeto activamente, no lo perturbo inútilmente si no quiere hablar de determinados temas, como de todas las cosas que le ocurren con su cuerpo. No le tolero todas sus locuras, se lo he dicho, eso sería contrario a su dignidad. Si hace alguna afirmación absurda en medio de una perorata particularmente narcisista, como que él es una persona “con mucha paciencia con los demás”, bromeo que esa es una verdad irrefutable. Es habitual que se ría cuando digo cosas así por lo absurdo que resulta. Tengo in mente el concepto de Marty del analista como “sostén narcisístico” del paciente. De ese modo podía sostener la violencia que lo desbordaba. Era notorio el estado de fragilidad en el que se encontraba con manifestaciones psíquicas y conductuales intensas. Sostenerlo desde el punto de vista que Marty nos plantea era afrontar junto con él, los embates de la realidad exterior y de la realidad psíquica. El tema era poder llegar a prevenir derrumbes o la predominancia de trastornos desbordantes. Por otro lado, me parecía que había que confiar en el registro que Sebastián tiene de sus dificultades.

Lo espero puntualmente los días que viene. Me mantengo tranquilo en mi sillón y él sabe cuál es el de él. A veces los tomamos como simples detalles pero se trata de estar disponible, de acompañarlo en su discurrir en la medida de lo posible y estar allí. El necesitaba un modo que se anude a un nuevo lugar.

El análisis es investido fuertemente por Sebastián, pero la investidura del objeto transferencial es mayormente narcisista. El análisis y el analista pueden ser idealizados, le son necesarios de ese modo y hay que mantenerlos. Busca sentirse seducido y necesita sentir interés y admiración. Me busca en las sesiones y en las redes sociales y descubre que soy padre. Necesita percibir a esta instancia como vital. En el ir y venir de los diálogos en sesión sobre el mundo, algo cae, algo que permite el encuentro con cierto rasgo de su conflictiva y a veces podemos hablar y a veces no. Si siente que el análisis induce a uno de sus vacíos, me frena. Mientras tanto, buscamos crear un espacio de encuentro creíble, un espacio más compartido. A veces puedo pensar dentro de la vorágine. Sus avatares con el cuerpo me hacen acordar al breakdown propuesto por Moses y Egle Laufer, en cuanto al rechazo inconciente al cuerpo sexual con el sentimiento de ser pasivo frente al propio cuerpo. Para afrontar esto, se inventa un mundo donde puede ser hombre y mujer a la vez. Le digo que me parece que no se puede y no le gusta. Lo confronto en el sentido winnicottiano. Quiere ser todo pero eso no es posible más que en su cabeza. Necesita que tolere sus embates y que sobreviva a pesar de sus ataques. Estos elementos veré cuando pueden ser planteados, si es que en algún momento voy a poder. Hay historias que no traga ni digiere. Aún hoy, cuando el análisis ya tiene varios años.

Evidencia una necesidad de realización inmediata de sus deseos, es vulnerable a las miradas y comentarios ajenos. Vive momentos de gloria fugaz cuando lo alaban y luego momentos de sufrimiento y angustia. Recuerdo la metáfora de la langosta en Francois Dolto. Intento ayudarlo para que se proteja de él mismo y de los demás hasta que pueda crecer. Llego a creer que el análisis es para este adolescente un pilar en la lucha contra el desequilibrio psíquico y hasta una especie de reaseguro

contra las tendencias destructivas que guarda Sebastián dentro. Al decir de Viñar, me presto para que construya en el analista “un objeto de socorro”.

De neutralidad y abstinencia.

Digamos que yo quiero que Sebastián viva. No quiero que se muera y en eso me presto enteramente. Presumo que si soy genuino en mi postura y en mis intervenciones, el paciente va a captar eso y será beneficioso para el vínculo analítico. Él pone en juego sus recursos, sus defensas, yo las mías. Y un factor más: mi narcisismo. No quería ser el undécimo técnico “entrevistado” para ser abandonado.

Mi labor es artesanal. Entonces me permito una mayor licencia para ser no neutral ni abstinente in totum. En realidad tengo mis dudas con respecto al concepto de neutralidad, ¿hay alguien que pueda ser neutral? Tal vez. Yo no lo soy, ni puedo serlo. Creo que la actitud comprometida y libidinal con el paciente y con el análisis, juega un papel fundamental para promover un proceso fermental en la actividad clínica.

¿Y en cuanto a la abstinencia? Es un punto de tensión. ¿Cuál es la abstinencia a mantener? Fanny Schkolnik nos dice “... con esta noción no sólo nos referimos a los límites respecto a las posibles actuaciones sexuales en el vínculo analítico, sino también a la necesidad de que el analista mantenga la mayor reserva acerca de su vida privada, sus ideas políticas, sus gustos o sus particularidades sociales, y evite orientar o aconsejar a sus pacientes para que hagan determinadas opciones en cualquier plano de su vida...” Pero esta psicoanalista también nos aclara: “... así como el estilo de las interpretaciones y las características del encuadre responden a las distintas modalidades de los analistas y cambian con cada paciente, también la abstinencia presentará sus propios perfiles y no es pensable una caracterización universal de la misma...”

En la situación de trabajo con Sebastián, muchas de las acciones que he realizado, las he pensado imprescindibles, pero me siento obligado a repasarlas e

interrogarme. Tal vez fue el único camino que encontré para modular una relación que permitiera un análisis que no quedara trunco, pese a saber de la importancia de callar la subjetividad del analista.

Por lo pronto, no digo nada de mí que me encierre en un punto sin salida y no permita proseguir el análisis. Pero es cierto que un punto muy discutible es el regalo del cuadernillo de Mucha. Tal vez busco acallar su malestar por mi partida por medio de regalos. Seguramente no permito que despliegue su odio y su envidia por mi viaje. Tal vez seduzco con mis respuestas, tiendo a calmarlo con un maternaje que no corresponde, no quiero que sufra o se juegan mis aspiraciones narcisistas de “curarlo”. El tema de la abstinencia, es un problema de mi trabajo con Sebastián.

Unas palabras sobre el odio.

El tema del ODIO merece disquisiciones aparte. Entre la omnipotencia y el desvalimiento, su odio se dispersa hacia todos lados. Hay elementos muy primarios jugando. El odio lo sostiene, lo endurece, el odio no lo deja caer en el vacío, le da consistencia. Busca probar hasta donde el otro tolera su odio y sus elementos intoxicantes. Es como si dijera, “prefiero odiarte que no sentir nada”. El odio trata al otro como un deshecho, es aniquilante de sí mismo y del otro, es insaciable, exprimidor y anulador. Su odio no es un “odio como afecto”, “es un odio como pasión”. Al decir de David Nasio, le es capital. Es fuerte, intenso, ciego, radical. Es muy difícil de tolerar y hace tomar distancia. Le escucho cosas que quedo anonadado. Con este odio, se distingue de los demás, así se afirma y construye identidad. Con este odio, ¿cómo contribuir como analista a que su psiquismo pueda establecer nuevas ligaduras?

III. BIBLIOGRAFÍA.

- 1) Caule, Emmanuelle. Reflexiones sobre la anorexia mental en la adolescencia y su tratamiento. Inédito.

- 2) Freud, Sigmund. (1915) Puntualizaciones sobre el amor de transferencia, Buenos Aires, Amorrortu, T XVII.1976.
- 3) Laufer, Moses and Egle. Adolescence and developmental breakdown. Karnac books. 1984.
- 4) Marty, Francois. Soutiens narcissiques a l`adolescence. *Journal des psychologues*, n° 245, 2007, pp. 22-27.
- 5) Nasio, David. El odio puede darnos fuerza. Entrevista en www.pagina12.com.ar
- 6) Porras, Luz. Aspectos teóricos de la práctica analítica. La función del supervisor y la supervisión. www.apuruguay.org En Biblioteca on line.
- 7) Schkolnik, Fanny. Neutralidad o abstinencia. www.apuruguay.org . En Biblioteca on line.
- 8) Viñar, Marcelo. Psicoanalizar hoy. Ed. Trilce. 2002. Montevideo. Uruguay.